Domingo IV Tiempo Ordinario
3 febrero 2013

Evangelio de Lucas 4, 21-30

En aquel tiempo, comenzó Jesús a decir en la sinagoga:

— Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios,

Y decían:

— ¿No es este el hijo de José?

Y Jesús les dijo:

— Sin duda me recitaréis aquel refrán: «Médico, cúrate a ti mismo»; haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún.

Y añadió:

— Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio.

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

*****

EL PROCESO DE LA NO RESISTENCIA

Tenemos hoy ante nosotros uno de los Evangelios que a mí siempre me han llamado la atención. Parece que estamos acostumbrados a escenas en las que Jesús, después de haber tenido un momento de encuentro con la gente, marcha a otro pueblo buscando algo de paz, dado el evidente éxito que tras

la jornada ha tenido. Hoy no es así. Delante de un pueblo que espera al Mesías, no es reconocido y menos aún… aprobado. Parece mentira, pero no conectan en absoluto con ellos las palabras del Maestro: "Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír". Y me lleva a reflexionar sobre el valor que doy a las palabras de la gente que me habla y a mis reacciones. Y sobre todo a mi actitud ante ello, de violencia o de no resistencia.

Jesús se arriesgó desde el principio y conectado en todo momento con su ser más profundo expresaba con respeto y tremendo poder todo lo que vivía. Ese poder que viene cuando se vive desde la atención más profunda. Varía mucho en nosotros la confianza que ponemos en lo que nos dicen los que nos rodean, dependiendo del papel que juegan en nuestra vida. Y creo que es de lo más natural, la cuestión estará en saber en quién hemos depositado nuestra confianza y donde queda la que depositamos en nosotros mismos. Cuando le hablo a mis alumnos o comparto mi experiencia de vida en otros foros, es ya imposible hablar de lo que no siento o vivo, Y capto perfectamente cuando lo hago desde el corazón o desde la cabeza. La esencia del mensaje es la que está en juego. Jesús lo hace desde su centro y eso mueve hasta las entrañas.

Y por otro lado… ¿qué sucede en nosotros cuando tenemos delante un interlocutor que no conecta con nosotros y que por tanto no son sus palabras o las nuestras ocasión de acercamiento? La postura de Jesús es la de rendición y no violencia. Como la asamblea en la sinagoga no conectó con Él, realmente con quien no conectaban era con ellos mismos, las palabras de Jesús les quemaba hasta el punto de preguntarse quién era aquel e intentar despeñarlo. Jesús nos se revuelve contra ellos. No "pierde el tiempo" reflexionando, catequizando o discutiendo con ellos sobre la necesidad o no de escuchar y atender a sus palabras. Dice lo que tiene que decir y se marcha, dejando a cada uno confrontado con su propio sentir. Lo cual posiblemente les exaspera aún más.

Pocas veces me he visto en situaciones de discusión, pero últimamente soy incapaz de tenerlas. Cuando descubro que me alejo de mi centro y que mi propio ego lo que quiere es salirse con la suya, hago realidad el proceso de la rendición (que no tiene nada que ver con rendirse y tirar la toalla), sino aceptar el momento presente incondicionalmente y sin reservas, sin poner ninguna etiqueta mental. Aceptando el momento como es, para después ponerme en acción.